
El Lobizón

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8644

Título: El Lobizón

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de julio de 2025

Fecha de modificación: 29 de julio de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Lobizón

Juan Pedro terminó así:

—Yo le abría trillo y él pasaba. Suponía el hombre que nosotros "los de afuera" creemos todos en daños, lobizones, curas con palabras y tal y qué sé yo... Además me tenía loco preguntándome por la virtud de los yuyos.

Había ido allí a estudiar las cosas del campo. Cargado de libros y libretas. También llevaba una máquina fotográfica.

—Me voy a quedar dos o tres días para estudiar y entender bien todo... Porque voy a escribir un libro... —Eso fue lo que me dijo.

—¿Qué iba a hacer yo?; me reí...

Estábamos conversando:

—Creer en daños, es cosa de ignorantes... Ustedes creen en todo, que viene a ser como no creer en nada.

—Estoy de acuerdo —le respondí—: pero en lobizones, ¿cree? Se río.

—Y usted —pregunté— ¿cree en eso?

Yo pensé: si sos bobo yo no tengo la culpa y me le descolgué del zarzo con esto:

—En eso si, porque yo creo lo que veo...

Trajo un libro para apuntar.

—Esto va para el libro —dije entonces para mi— y seguí

cuando uno de estos bobos escribe libros es más bobo que nosotros los analfabetos...

—Fui compositor y no de los peores. El rancho donde tenía el caballo estaba una cuadra de la pista de carreras. El vareador era un muchacho tirando a mocito. Un gallito con dos voces que ya empezaba a querer pisar gallinas. Amigo de serenatas y bailes... Fue al rancho, tendió la paja para que se echara el parejero, volvió y me dijo:

—Patrón, ¿no me presta el caballo?

—¿Para qué lo quieres?

—Pienso ir al baile de los Almeida.

—Llévalo.

Cené, fumé y después me fui al boliche. Allí formábamos una rueda de truco. Naípeábamos un rato y después cada cual tocaba para su casa. Cerca del boliche había un principio de pueblo de quince o veinte ranchos. Cundo entré me encontré que detrás del mostrador estaba la mujer del bolichero.

—¿Y don Alvez? —pregunté.

—Cenando. La cocinera fue al baile de los Almeida y yo por no andar acarreando platos le atiendo el boliche mientras él cena.

Me nublé de golpe. ¡Mire qué bobada! Yo de a pie y la cocinera allá en el baile. Era una mujer que me había llenado enteramente el ojo.

Tenía un estado de bronce que me llenaba de picazón. Yo la miraba y le agujeraba el vestido con los ojos. Y ella entendía hasta lo que yo penaba.

—Cuando esta yesca —me decía— reciba una chispa, quema hasta el yesquero. Me fui al rancho de vuelta. Me senté a

fumar atorado por aquel antojo bárbaro de la mujer. Estaba en eso cuando sentí los pasos muertos de un mancarrón sobre el colchón de polvo del camino...

Después le vi el borrón.. Venía despacio, con paso de viejo o de ciego. Camino adentro, al ratito estaba dando pecho a la portera. La abrí.

Cuando entró le palmíé la tabla del pescuezo y le corrí la mano por el anca. El animal de manso parecía dormido... Le puse el freno, le tiré un pelego, dentré, cambié de bombachas, calcé botas, me até un pañuelo de seda en el pescuezo, lo monté y toqué...

La cosa salió mejor que bien. Después del "escuche y perdone" mandé yo... Bailamos, la saqué al patio a tomar bolita con cerveza y después la llevé para que mirara lo lindo que se ponían los tártagos con la luna... Cerveza, tártagos y luna fue que ya no entramos más a bailar... ¿Entendió?

—Hasta ahora si, dijo el de la libreta, pero aún no veo a donde va a parar su relato.

—¡Ya va a ver! pero ojo con nombrarme...—

—Esté tranquilo...

—Se fue al amanecer... Yo volví a la sala de baile y nos agarramos a tomar cerveza y a carcajarnos..

Era día claro cuando salimos al patio. El caballo no estaba. Lamenté. Sobre todo el freno que tenía unas copas de plata con unas gotitas de oro.

—¿Y?

—Fue cuando vi venir un tapecito empujado por el sol que estaba saliendo. Ya sobre lo pelado del patio vi que traía unas riendas en la mano, ferraje a la espalda.

Se acercó y me preguntó:

—¿Usted es Don Velázquez el compositor?

—Soy

Agachó el hombro y cayó el freno. Era el mío. Me lo alcanzó.

—Aquí está su freno... Y dice tata que disculpe que él al aclarar se tuvo que dir por el misterio que tiene...

Yo me quedé pensando. Después le dí un real para caramelos y le pregunté:

—¿Cómo se llama tu padre?

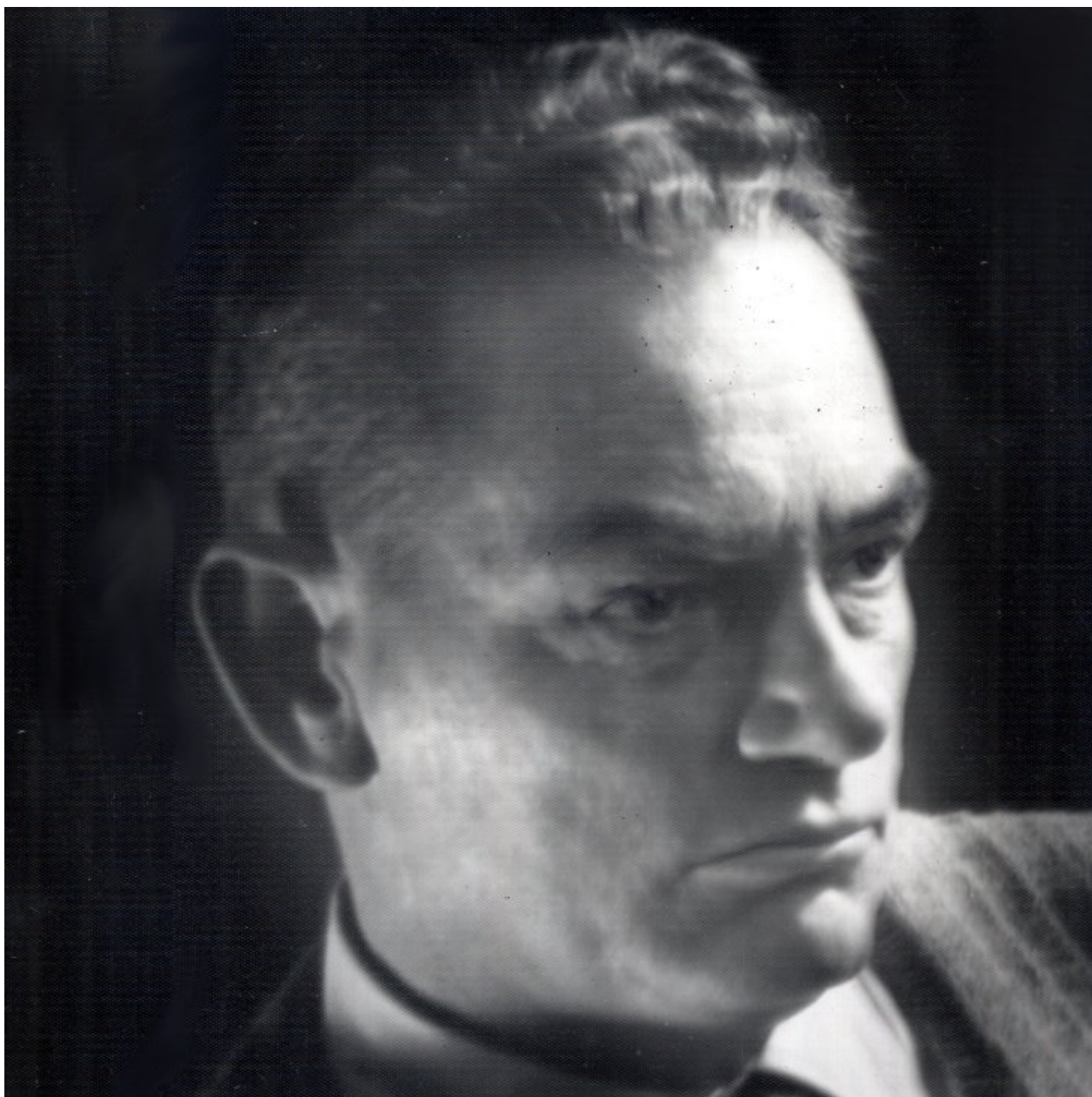
—Mi padre es "Sétimo" Larrosa... ¿No ve que tata tiene seis hermanos antes?

—¡Qué cosa bárbara!— dijo el de la libreta.

—Y yo:

—Es que en la vida hay cada misterio más misterioso que la muerte.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.